

CONVERSATORIO SOBRE LA OBRA DE JAVIER MARIÁTEGUI.

**MODERADOR: AC DR. RENATO D. ALARCÓN
AN DR. Raúl León Barúa**

En los años 61-62, durante los años iniciales de la Universidad Peruana Cayetano Heredia en la calle Belén, nos encontramos con Javier en Arequipa donde debíamos presentar conferencias a nombre de la naciente Universidad. En esa oportunidad, le mencioné mi intenso interés por la historia de la medicina y por factores psicológicos en la enfermedad, lo cual ha continuado a través del tiempo en mi labor y en la ayuda que he dado a estudiantes de medicina con sus tesis y trabajos. Javier me respondió de inmediato: “El Profesor Honorio Delgado ha recibido un libro interesantísimo de Félix Martí Ibáñez, gran discípulo de Pedro Laín Entralgo, que tiene como título “Epopéya de la Medicina” y que es una bella presentación de la historia de la medicina. El Profesor Delgado no encuentra quien le pueda hacer una síntesis del libro para que salga publicada. Raúl: ¿Podrías tú hacerte cargo de esto?” Le contesté: “Por supuesto, y con gran entusiasmo”. Javier me hizo llegar el libro. Escribí un sumario de lo que el libro y su autor representaban en la historia de la medicina. Javier me contó luego que cuando Don Honorio leyó el escrito, le dijo: “Este amigo tuyo realmente está dedicado a la historia de la medicina, me gustaría conversar con él”. Fue pues Javier quien me puso en contacto con el Maestro, un privilegio intelectual extraordinario para mí, como para todos aquéllos que lo conocieron o supieron de su obra.

Fui a hablar con Don Honorio, el cual me dijo: “Me ha gustado mucho este escrito que ha hecho del libro para su publicación en la Revista de Neuropsiquiatría, pero le he hecho llamar porque tengo otro interés. He visto que está muy inmerso en el tema de la historia de la medicina y quisiera que llegara a enseñar este tema en la universidad que estamos formando”. Le dije: “Profesor, Don Honorio, yo soy solamente un aficionado a la historia de la medicina”, y él respondió. “Yo quiero que se haga cargo”. Y me hizo entrar en esa actividad. Después nos unimos con Uriel García para enseñar historia de la medicina universal e historia de la medicina peruana.

Relato esta anécdota porque quiero resaltar el papel de Javier como el vinculador, el hombre que creaba amistades como la que inicié con Don Honorio. El brillo de Javier fue una inspiración para mí en el desarrollo de mis ideas sobre factores psicológicos en la enfermedad. Cuando Javier estuvo de director del Instituto Honorio Delgado-Hideyo Noguchi, me dio todas las facilidades para continuar con mis investigaciones en este campo. Ello se reforzó años

más tarde, cuando Renato Alarcón, que con Alberto Perales había organizado un Simposio sobre Psicoterapia, en el que el expositor principal era el Profesor Jerome Frank de la Universidad Johns Hopkins, me dio la oportunidad de conocer la obra de este gran maestro. Cada vez que iba a Hopkins, conversaba largamente con él. Mis diálogos con él eran como los que en muchas ocasiones sostuve también con Javier Mariátegui, nuestro homenajeado de esta noche. Javier tuvo, entre sus muchos intereses, el de la exploración de factores psicológicos en la enfermedad, tema que reflejaba su profunda versación en los aspectos integrales de salud y enfermedad en el ser humano.

AN DR. ALBERTO PERALES CABRERA

Durante varias décadas en la segunda mitad del siglo XX, había en el Perú dos escuelas psiquiátricas claramente delimitadas: una, la que lideraba el Dr. Honorio Delgado a la cual pertenecía Javier, y otra que tenía una orientación americana y psicoanalítica, liderada por Alberto Seguí. Sabido era que estos dos grupos tenían dificultades de acercamiento, más por las diferencias de orden teórico o doctrinario entre los líderes que por discrepancias entre los discípulos.

En el año 1982, me llamó la atención el que, perteneciendo yo al segundo grupo, recibiera una llamada de Javier Mariátegui para acompañarlo en la creación del Instituto Nacional de Salud Mental Honorio Delgado-Hideyo Noguchi. Realmente era todo un reto que Javier había aceptado. Tengo que confesar que poseo una particular vocación por estudiar y comprender la interioridad de los amigos y las personas que merecen respeto, pero estudiar la interioridad de Javier no era fácil; era un hombre que se cuidaba mucho, medía sus palabras, era siempre correcto, oportuno y acertado. Dejaba una cierta distancia de profesor con sus interlocutores, a pesar de que él no quería imponerla y, por todo ello, aún después que hicieramos una cercanía mayor y yo ya dirigía el Departamento de Investigaciones, me pregunté siempre qué fue lo que motivó a Javier Mariátegui a asumir un reto tan grande. Me contó, en varias ocasiones, que era tanta su preocupación por la marcha del Instituto que muchas noches le quitaba el sueño. En realidad, la responsabilidad era altísima y el grupo de jóvenes que lo acompañábamos, tratábamos de ayudarlo en todo lo que fuera posible. Esta incógnita se mantuvo conmigo por mucho tiempo